

CARTAS SIN DESTINO

"LOS PROGRESISTAS"

La carencia de pensamientos propios obliga a mantenerse aferrado a los recibidos como herencia del pasado, aunque hayan perdido vigencia, o a la apropiación de los ajenos. Igual ocurre con algunas palabras cuyos contenidos irradian sugestión o tienen carisma. Por ejemplo: progresista. Todo el variopinto mundillo político pretende grabarla en el frontispicio de su edificio ideológico, al tiempo que la niega a sus antagonistas. Causa estupor, cuando no risa, observar cómo cada partido se califica de "progresista" y habla de gobierno de "progreso". Todos quieren aprovecharse de la aureola beatífica de la palabra, de su capacidad fascinadora, realizando una especie de secuestro lingüístico, ya que quienes más la utilizan no fueron los que intervinieron en su gestación.

Fenómeno inverso le ocurre a "conservador", adjetivo del que huyen despavoridos los políticos con apetencias de poder, porque, devaluado por adversa y eficaz propaganda, parece estar contaminado de extraño virus con la rara facultad de excitar e irritar a la masa anónima y anodina. ¡ Como si para ir adelante, para lograr aumento y perfeccionamiento -acepciones de progreso- , no fuera necesario, antes, conservar lo avanzado y conseguido!.

No resulta ocioso, pues, intentar esclarecer la paternidad del "progresismo" y, sobre todo, descubrir cual sea su verdadero significado. Y lo primero que debemos recordar es a su creador y protagonista: el liberalismo. Fueron los movimientos liberales quienes elaboraron el concepto, para conseguir un desenvolvimiento rápido de las libertades públicas; libertades imprescindibles como consecuencia del impacto de la Revolución Industrial que, con incontenible energía, forzaba el

nacimiento de una sociedad distinta, con iniciativas individuales, frente al feudalismo, la aristocracia y las monarquías absolutas. Montesquieu, con su doctrina de separación de poderes, Locke, con la idea de un Estado protector de la libertad y Rousseau, autor de la tesis de la soberanía del pueblo, son los pensadores que mas influyeron. Y resultaria injusto no subrayar, igualmente, que desde sus comienzos el liberalismo se apoyó, para su lucha contra el antiguo régimen, en los principios de la democracia.

Tampoco cabe omitir, para ser objetivos, que los iniciales comportamientos liberales, en el orden económico, por exceso de rapacidad, dieron lugar, como reacción lógica, al resurgir de las ideologías de izquierda. Fue, entonces, cuando éstas adquirieron coherencia y capacidad combativa, desechando formulaciones utópicas anteriores. Pero el hecho real, evidente, es que la filiación "progresista" pertenece al liberalismo, fundador de la democracia moderna. Los otros "ismos" no hicieron nada mas que apropiarse la palabra, sin importarles gran cosa la sustancia, a la búsqueda sólo de su brillo y sugestión. Y, si les importó, fue de manera parcial, torcida, modificando su primigenia dirección: aquélla que apuntaba hacia el protagonismo del individuo y de su libertad en todas las actividades, frente al poder absorbente y monolítico del Estado.

Curiosamente, con el tiempo, -un tiempo que aún no ha terminado del todo- los extremos del espectro político, siempre con la bandera enarbolada del "progreso", llegaron a fundar los Estados totalitarios mas monstruosos de todas las épocas. Los resultados está en la historia reciente. Por fortuna, en los que todavía subsisten, las tendencias se inclinan hacia una paulatina liberalización. Y ello, mas que lógico, ha de considerarse inevitable, pues no es posible el progreso sin libertad, sin libre iniciativa, sin que cada hombre exprese el cerebro y contribuya a crear, o cree él mismo, los caminos y circunstancias propiciadores del avance y mejoramiento de su propia situación y, por inducción, la de los

demás. Todo acto creador es, con las excepciones que se quieran, una aventura personal, que puede promocionarse pero nunca sustituirse. El fracaso del bienestar en los Estados con planificación centralizada férrea, ha sido debida a la ausencia de libertades y estímulos que, timidamente, ahora, tratan de corregir. El falso "progresismo" degeneró en real "conservadurismo" de estamentos y estructuras anquilosados. Cayeron en los defectos, errores y pecados que atribuían al clásico "conservador", y que tanto contribuyeron a desprestigiar la palabra.

Y ésto nos lleva, por último, a buscar una síntesis de lo que ha de entenderse, hoy, a la altura temporal de nuestro Siglo XX, por progresista. El propósito no es difícil; se desprende de cuanto se ha expuesto. Será progresista toda acción que propicie y facilite el continuo mejoramiento y perfección del hombre en sus aspectos físico, intelectual, moral y social, dentro de una libertad racional y del mayor respeto. Respeto y libertad que no han de impedir, como suele acontecer con harta frecuencia, por estúpido temor a no parecer demócrata, una enérgica actuación del Poder cuando, ideologías o fanatismos marginales, ponen en peligro la convivencia en paz de la sociedad.

MIGUEL MOLINA